

La locura

Daniel Matusevich

Rafael Huertas es, quizás, el más importante estudioso de la historia de la psiquiatría de los tiempos que corren; sin duda, uno de los más importantes.

Fundador, director y *alma mater* de Frenia, una de las revistas de Historia de la Psiquiatría más interesantes y punteras que se recuerde (lamentablemente ya no se publica más), ha escrito libros que son referencias fundamentales para todos aquellos interesados en los aspectos antropológicos, filosóficos, históricos y humanísticos de nuestra especialidad.



Autor: Rafael Huertas

Los Libros de la Catarata, 2014

Intelectual dotado de una sensibilidad poco común, a la cual casi ningún tema le resulta ajeno (puede ser fútbol, cine, básquet, los clásicos griegos, Charly Parker o la obra de Mankell), hemos decidido en esta ocasión presentar un libro suyo publicado en España hace muy poco tiempo, en el cercano 2014.

La locura -a él nos estamos refiriendo- es un breve volumen de apenas 110 páginas, lo que podría hacer pensar al lector aficionado que nos encontramos frente a una obra menor de Huertas, en nada comparable con su *Historia cultural de la psiquiatría*, pero a poco de adentrarnos en la introducción, llamada “preludio” por nuestro autor, nos damos cuenta de que de ninguna manera es así, ya que la densidad teórica y la ambición del texto quedan plasmadas en esas primeras páginas, haciendo las veces de brújula para los lectores.

Tomamos nota, entonces, de que nos encontramos frente a una profunda reflexión epistemológica acerca del sentido de nuestra especialidad apelando a los instrumentos y al marco provisto por la reflexión sobre la historia y los orígenes (“...el nuestro será un recorrido histórico sin que este sea o pretenda ser un libro de historia. La reflexión sobre elementos del pasado será nuestra herramienta para conocer ciertas problemáticas de nuestro presente”); estas ideas y muchas otras son puestas en tensión a través de la relación que la psiquiatría establece con la cultura, hecho muchas veces pasado por alto o directamente escamoteado con fines espurios. Es necesario tener en cuenta que en su seno surgió el movimiento antipsiquiátrico, se produjeron los experimentos de los psiquiatras Nazis o se inventó un modelo de esquizofrenia que solo afectaba a los disidentes del régimen soviético. En cambio, nadie escuchó hablar jamás de la antihematología o de experiencias que hayan sido llevadas adelante por traumatólogos en los campos de concentración de la historia de la humanidad, es por eso que la meditación cultural debería ser la regla más que la excepción en nuestro campo.

Otra estrategia desplegada por nuestro autor que

realza el texto es la mezcla de historias y anécdotas bien conocidas con otras que han pasado desapercibidas para muchos autores de historia, otorgándole un brillo muy especial. Por ejemplo, en el capítulo 2 se alternan las historias de brujas y licántropos con la sensacional saga de Dimphna, quien fue decapitada en Geel (“...en aquel preciso instante, y ante la barbarie del acto, algunos locos presentes recuperaron la razón y, posteriormente, no fueron pocas las misteriosas curaciones que se pudieron observar ante la tumba de la joven virgen y mártir. A partir del siglo XII, y por razones no bien definidas, Geel se convirtió en un lugar de peregrinación; allí acudían muchas personas con desarreglos mentales con la esperanza de curarse.”). Siguiendo con la lectura nos enteramos de que la comunidad de Geel se ha considerado un antecedente de las comunidades terapéuticas e, incluso, un ejemplo con el que ilustrar la necesaria integración de los servicios de salud mental en el resto de las estructuras sociales para superar el aislamiento, la estigmatización, la extrema dependencia y la pérdida de autonomía que el asilo produce.

Este párrafo lo podemos relacionar con otro que aparece en la página 46, donde el autor establece una relación detallada y muy profunda entre las obsesiones, las fobias y las posesiones demoníacas o los escrúpulos religiosos (“...aunque en la actualidad se siguen comunicando casos con contenidos religiosos, las obsesiones han sido despojadas de ese carácter y se interpretan a la luz de otras miradas como la neurosis obsesiva, según planteamientos psicoanalíticos, o como el trastorno obsesivo compulsivo (TOC), desde presupuestos neurobiológicos, pero no deja de resultar significativo constatar la relación histórica y terminológica que estos cuadros mantienen con determinadas creencias y actitudes mantenidas en el tiempo.”). El vínculo entre ambos párrafos lo encontramos en la capacidad de Huertas para pensar la historia en clave del presente, como aliada y compañera de ruta del clínico; el sentido de bucear en el pasado es permitir revisar críticamente la clínica del presente con el objeto de evitar caer en reduccionismos a la hora de posicionarnos teóricamente frente a aquellos que nos convocan desde su sufrimiento.

En palabras del mismo Huertas, en una nota publi-

cada en *Salud mental y cultura*: “...con todo el respeto hacia los distintos enfoques historiográficos, yo creo que la Historia, al menos la Historia que a mí me interesa, no puede consistir solamente en descubrir cosas más o menos curiosas o eruditas del pasado y contarlas. Pienso que la Historia en sí misma tiene que ser hermenéutica y crítica, una interpretación crítica –positiva o negativa según los casos– que, lógicamente, estará en relación íntima con la subjetividad o con la ideología de cada investigador.”

Como podemos ver, un enfoque que no admite medias tintas ni deja lugar para ningún tipo de ingenuidad epistemológica, apelando a la responsabilidad del psiquiatra, obligado a surcar aguas procelosas cuando de contrastar modelos teóricos y de seleccionar estrategias de tratamiento se trata.

En esta línea de pensamiento, creemos que vale la pena destacar el último capítulo del libro, quizás el más polémico, donde nuestro autor revisita cuestiones como el diagnóstico, la antipsiquiatría y la postpsiquiatría; en relación al diagnóstico plantea que “...uno de los argumentos que se han barajado para luchar contra el estigma es afirmar que la ‘enfermedad mental es una enfermedad como otra cualquiera’. Es una manera de intentar, ingenuamente, que se comprenda que la locura es una enfermedad crónica, que es una enfermedad del cerebro del mismo modo que la diabetes es una enfermedad del páncreas. Ya sabemos que esto no es así, que intervienen muchos factores biográficos, sociales, culturales”. Huertas nunca elige tomar el atajo o esquivar el debate, por el contrario recoge el guante y sube la apuesta, lo que es agradecido por sus lectores, que de esa forma son invitados a participar de algunas de las discusiones más estimulantes del universo de nuestra especialidad.

En resumen, una oportunidad para no dejar pasar, no solo para aquellos fans de la historia sino también para los clínicos inquietos, ninguno se verá defraudado por una de las plumas más agudas que ha dado la psiquiatría en los últimos treinta años, dueña de un estilo único capaz de amalgamar la alta cultura y la baja cultura redondeando una visión súper personal de los diferentes matices que constituyen el entramado psiquiátrico ■

“Esta misma crítica se ha repetido desde posiciones muy diversas (psicoanalíticas, fenomenológicas, psicosociales, etc.) que marcan el acento en el carácter contextual de la locura. Con frecuencia se ha advertido, y nosotros ya lo hacíamos al comienzo de este breve ensayo, la necesidad de considerar al paciente mental en su totalidad y no simplemente como un enfermo del cerebro, equiparable a un enfermo del corazón, o de los huesos, o del riñón, o del estómago. Esto, que tiene, según acabamos de ver, unas raíces históricas muy profundas, enlaza con el debate sobre las actuales concepciones esencialistas y no esencialistas del trastorno mental, cuyo punto álgido tuvo lugar a finales de la década de los noventa del siglo XX”